

«La tradición
no consiste
en adorar
las cenizas,
sino en avivar
el fuego».

GUSTAV MAHLER

Legado de gigantes

UN DECÁLOGO DE VALORES MEDIEVALES
PARA NUESTRO TIEMPO



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

Legado de gigantes

**UN DECÁLOGO DE VALORES MEDIEVALES
PARA NUESTRO TIEMPO**

JAUME AURELL

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2025, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Legado de gigantes

Primera edición: marzo de 2025

© 2025, Jaume Aurell Cardona

Imagen de cubierta: Reinterpretación de la ilustración «A hombros de gigantes».
Imagen de la Biblioteca del Congreso, colección Rosenwald 4, Bl. 5r / Dominio público /
Wikimedia Commons / Adaptación realizada por Mar Moreno / Agencia Iboix Talent.

ISBN (papel): 978-84-129800-4-2

ISBN (ebook): 978-84-129800-5-9

Depósito legal: B 2529-2025

Diseño de la colección, cubierta e interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M.I. Maquetación, S.L.

Impresión: Huertas Industrias Gráficas

Impreso en España – *Printed in Spain*

Indicación de riesgos o advertencias de seguridad (GPSR):

Correo electrónico de contacto: editorial@rosameron.com

<https://rosameron.com/seguridad-gpsr.txt>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

La vida es maestra en insinuar mucho más de lo que muestra

CARMEN MARTÍN GAITE, *De viva voz*

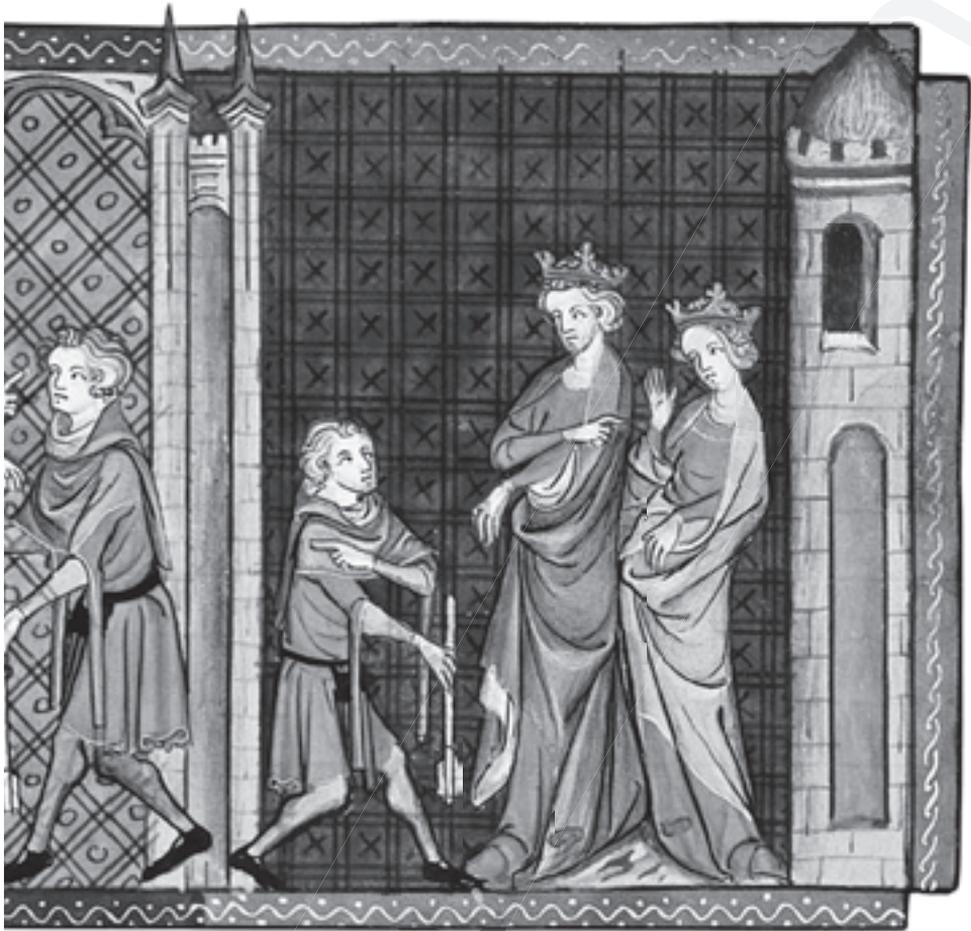
Lo esencial es invisible a los ojos

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY, *El principito*

© ROSAMERÓN



© R



Índice

Proemio | 15

I

Hechura

1. Occidente, Bizancio, islam | 41
2. Un mundo sin fronteras | 45
3. Una religión *razonable* | 51
4. La sabiduría mística: los benedictinos | 54
5. El conocimiento racional: los intelectuales | 62
6. El espíritu universitario | 68
7. La convicción del derecho universal | 76
8. La Europa de las catedrales | 80
9. El sentido de la tradición | 86
10. La hora de las mujeres | 90

II

Ruptura

1. La transición: ¿continuidad o ruptura? | 104
2. La perspectiva de los renacentistas | 110
3. La crítica de los humanistas | 114
4. El engreimiento de los ilustrados | 117
5. La fascinación de los románticos | 119
6. El enigma de los prerrafaelitas | 130
7. La apropiación de los nacionalismos | 133
8. La ambigüedad de los modernistas | 136
9. El abuso de los totalitarismos | 140
10. La Edad Media, hoy | 145

III

Rehabilitación

1. El espíritu contemplativo | 151
2. Lo práctico de no ser práctico | 169
3. El respeto por el misterio: la contención | 181
4. Nobleza obliga: lealtad y veracidad | 201
5. La aspiración al heroísmo | 216
6. La reforma sobre revolución | 224
7. El aprecio por la tradición | 228
8. El sentido lúdico de la existencia | 244
9. La actualidad de los clásicos | 250
10. La cortesía | 260

Nota final | 275

Lecturas recomendadas | 279

Índice de imágenes | 293

Proemio

*Somos enanos a hombros de gigantes.
Podemos ver más, y más lejos que ellos,
no por la agudeza de nuestra vista ni por
la altura de nuestro cuerpo,
sino porque ellos nos aípan por su gran
altura.*

Atribuido a Bernardo de Chartres

ES EVIDENTE QUE LA Edad Media tiene mala fama. Lo que no está tan claro es que una civilización tan supuestamente racional como la nuestra pueda dar razones de ello. Resulta irónico que una sociedad tan sanamente obsesionada con los derechos del *otro* —los inmigrantes, los discapacitados, las minorías, los desfavorecidos, los excéntricos— no haya sido capaz de reconocer a *su otro yo*: el Medieval. La modernidad, en su objetiva grandeza, pero también en su utópica autosugestión del progreso ilimitado, ha demonizado una época quizá más limitada en sus medios, pero mucho más realista en sus ideales, mucho más serena en su compenetración con los ritmos del tiempo y mucho más capaz de contemplar la belleza de la naturaleza sin intermediarios.

Sería muy beneficioso para Occidente que este burdo equívoco y esta fea actitud —verter sobre la Edad Media toda la inmundicia acumulada en los periodos posteriores para liberarse de su peso— finalizara de una vez. Este libro tiene como objetivo paliar los efectos perniciosos de esta amnesia, localizar los momentos de ruptura con la tradición medieval y, sobre todo, promover una reconciliación con ella y, tal como señalo en la tercera parte, proponer diez de sus valores que tanto bien nos haría rescatar.

Cualquier persona que se acerque a este periodo histórico sin prejuicios intelectuales ni complejos modernistas encontrará miserias, como en cualquier otra época, pero también una síntesis admirablemente bella y original de los cinco sustratos étnicos, culturales y religiosos sobre los que se fundó Occidente: Jerusalén, Atenas, Roma, Germania y el cristianismo. Fruto de esta asimilación creativa y de un multiculturalismo del que tendríamos tanto que aprender, maduraron y se consolidaron muchos valores de nuestra civilización que hoy reconocemos como innegociables: la separación entre política y religión; la convicción de que la verdadera religión es la que puede dar razón de todos sus mandatos y prácticas; la consecuente pasión por la indagación humanística; la experimentación científica y la fascinación artística; la compatibilización de un sentido comunitario de la existencia junto con el reconocimiento de lo individual y lo subjetivo; un profundo sentido de la dignidad de cada persona; la creación de grandes espacios de orden surgidos por un amplio consenso y garantizados por el Estado; la convicción de que puede existir un derecho de alcance universal que esté por encima de cualquier privilegio; la construcción del estado del bienestar que cuide de los más desfavorecidos, y, por fin, un innegociable

sentido de lo estético, que es el mejor antídoto para la mediocridad y la superficialidad.

Todos asentimos ante estos valores, que consideramos plenamente *occidentales* y que nos distinguen de otras civilizaciones que no los han conseguido asimilar, o los han despreciado en algún momento de su historia. Pero pocos somos capaces de delimitar el proceso de su emergencia, que no fue durante la modernidad —con frecuencia orgullosa y agresivamente hegemónica—, sino a través de una prolongada maduración a lo largo de la Edad Media. En algún momento de la modernidad, entre el Renacimiento y la Ilustración, se produjo un cortocircuito con esa época anterior de la que habían surgido. Lo medieval se empezó a considerar como algo espurio, marginal, grotesco, irracional y, en definitiva, ajeno a los valores occidentales. Lo trágico es que con esta actitud Occidente abjuraba de una de sus tres fases principales, si se considera, en términos biológicos, la Antigüedad como su infancia, la Edad Media como su adolescencia y la modernidad como su madurez.

Desde luego, nadie puede negar el carácter problemático de la Edad Media, como cualquier otra. Por este motivo, algunos le han aplicado el apelativo de «la adolescencia de Occidente». No es una mala imagen, siempre que se reconozcan sus logros específicos y no se la reduzca a un anodino periodo intermedio entre una idealizada Antigüedad y una madura modernidad. Nadie puede dudar, por propia experiencia, que la adolescencia es una etapa en la vida llena de inseguridades y sinsabores, de altibajos y tristezas que se sufren y a los que no se les encuentra explicación racional. Durante esos años maduran los principales rasgos del carácter y se posibilitan las condiciones que hacen posible el crecimiento posterior, como

sucedió con los principales valores de los que hoy gozamos en Occidente.

Todo eso fue experimentado, en grado superlativo, por la Edad Media, una época ciertamente de extremos, entre la violencia y las treguas de Dios, entre el fanatismo de las cruzadas y el multiculturalismo interreligioso de Toledo y Palermo, entre el patriarcalismo y la caballerosidad, entre el despotismo y la armonía, entre la pobreza vergonzante y la opulencia inmisericorde, entre la rudeza rural y la sofisticación urbana, entre la bajeza de las pasiones y la sublimidad de la escultura románica y las catedrales góticas, y entre un Giotto y un Dante. Si algo caracteriza a este periodo histórico es precisamente los extremos, donde todo se magnifica y, en contraste con nuestra época, la mediocridad no tiene cabida.

El Medievo, como todas las épocas, ha dejado una herencia de valores negativos y positivos simultáneamente. No hay épocas en esencia buenas o malas, sino una multitud de pequeñas acciones humanas que acaban configurando la idiosincrasia de un periodo que los historiadores se encargan de analizar, y con la intermediación de novelistas y periodistas, la sociedad se crea su propio «gran relato». No solo entre los que nos dedicamos profesionalmente al estudio de esta época, los medievalistas, sino también entre la población con intereses culturales de altura, somos cada vez más los que pensamos que los valores positivos de la Edad Media han sido deliberada y premeditadamente ocultados y, en ocasiones, abiertamente tergiversados por las subsiguientes épocas. Ellas lo han hecho con intención de inventar una *némesis* —un contrario en las antípodas— para reivindicar, ensalzar y revalorizar su propia identidad. Sin embargo, estoy convencido de que es mucho más enriquecedor hacer un esfuerzo, entre todos, escritores y

lectores, en recuperar lo mejor de esos valores medievales en su autenticidad y tratar de aplicarlos a la actualidad.



Con este libro no me propongo, pues, trazar una imagen idealizada de la Edad Media. Tampoco me despierta demasiado entusiasmo la idea de que «cualquier tiempo pasado fue mejor». La historia es una paradójica combinación entre el «nada nuevo sobre el sol» y el «todo pasa». Nadie lo dijo mejor que el poeta: «Todo pasa y todo queda», una magnífica definición de la lógica de la historia, una ecuación que toca especialmente a los historiadores diseccionar. Lo que es una magnífica novedad en un periodo puede ser un desastre aplicado a uno posterior. El sistema socioeconómico hegemónico de la Edad Media, el feudalismo, funcionó razonablemente bien como garante de la seguridad para una sociedad cuyas fronteras eran inestables, reemplazando a un sistema muchísimo peor, el esclavismo. Pero, aplicado a la actualidad, implica asumir los terribles usos y costumbres típicos de las organizaciones terroristas o de aquellas otras que pretenden sustituir al Estado —un sistema a su vez muy efectivo implantado por la modernidad—, como Francis Ford Coppola escenificó tan magistralmente en *El padrino*.

Cada evento, cada institución, cada sistema deben comprenderse en su contexto originario. Por este motivo, cada vez estoy más persuadido de la relevancia de la *contextualización* para comprender el pasado y aprender de él con vistas al presente. Es preferible la actitud de aquellos que buscan aprender de la experiencia del pasado (*magistra vitae*, decían los clásicos, «maestra de la vida»), que los que están obsesio-